

SERIA mejor—por lo menos, previsor—aguardar a que el señor Ministro de Educación concretara su plan de instauración obligatoria del aprendizaje de oficios para la juventud cubana, para dedicarle el comentario oportuno; pero aunque sus declaraciones sobre el particular apenas constituyen el anuncio de un propósito, encontramos en ellas, no obstante, materia suficiente para tejer unas cuantas consideraciones, porque, a nuestro juicio, el distinguido funcionario ha puesto el dedo en una de las llagas más visibles y más dignas de atención de la vida cubana de hoy: la ineptitud; la falta de preparación; la carencia, en fin, de sentido de la responsabilidad, de que adolece toda una parte—una gran parte—de nuestros jóvenes.

Es verdad—hay que reconocerlo y, sobre todo, citarlo a manera de contrapeso o compensación—que los centros docentes cubanos de enseñanza superior—la Universidad, los Institutos, las Escuelas de Comercio y Técnicas, etc.,—nos ofrecen a diario el hermoso espectáculo de una adolescencia y una juventud ávidas de superación; de aprender y ser algo; de afrontar la lucha por la vida con una preparación — un título, un certificado — que le facilite la conquista del puesto a que todos tenemos derecho bajo el sol. Pero no es menos cierto que, frente a ese espectáculo alentador, no es difícil advertir el otro, profundamente desconsolador, que ofrece un gran número de jóvenes que ni estudian ni trabajan ni tienen aspiraciones.

Hijos de familias modestas o decididamente pobres, para las cuales resultan las más de las veces verdaderas cargas, esos jóvenes limitan sus preocupaciones cotidianas a aprenderse el último tango y a conseguir el real o la peseta para ir al cine o a jugar al billar. Las "fritas" les resuelven el problema de la comida y un "ensemble" el de la ropa. No usan sombrero, desde luego, y además no les dejaría lucir su corte de cabello "renovación". Su interés intelectual se limita a darles una ojeada a los periódicos y las revistas, o cuando más, a leer una novela de aventuras. Eso, los que todavía no están totalmente maleados; los que aun se conservan relativamente sanos, porque los otros derivan irremediablemente hacia la mariguana o hacia cosas peores.

Naturalmente, esos jóvenes carecen de todo sentido de la responsabilidad; como no la conocen no pueden comprenderla. Nada les merece respeto: ni los padres, ni la patria, y los sentimientos generosos les mueven a risa. Despreocupados; vacíos de toda idea noble y seria, enfrentan la vida con un criterio—hasta donde pueden tenerlo—de improvisación; de uso de expedientes más o menos legítimos, que se diría un trasunto de la antigua picaresca y que no vacilamos en considerar peligroso, porque nos parece la resbaladiza pendiente por donde pueden caer fácilmente en abismos de que les sea difícil o imposible salir, y que, de todos modos, está muy lejos de constituir una garantía desde el punto de vista de su futuro.

Para esos jóvenes, no vemos más salvación que el sometimiento a una disciplina rígida o el suministro—aunque sea obligado o forzoso—de un fin o un objetivo en la vida. De ahí, pues, que el proyecto del señor Ministro de Educación de hacerles aprender, quieran o no, un oficio, nos parezca, en principio, una medida excelente, de verdadero alcance y trascendencia social. Si a esos jóvenes cantadores de tangos, jugadores de billar

y fumadores de mariguana; faltos del sentido de la responsabilidad; carentes de todo respeto; horros de toda preocupación digna, se les obliga a cambiar de vida; se les hace interesarse por algo, en fin, todavía se puede esperar algo de ellos. Y eso hay que hacerlo, tanto por ellos como por los que con ellos convivimos; por la patria, en fin, que tiene derecho a exigirles que sean hombres útiles.